

443
—

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Wenceslao Urdapilleta
Por la Facultad

Francisco A. Duranti
Por el Centro de Estudiantes

Carlos E. Daverio
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Alberto Diez Mieres
Sr. Luis Moreno
Por la Facultad

José Botti
Por el Centro de Estudiantes

Oscar D. Hofmann
Por el Centro de Estudiantes

Año XVII

Junio, 1929

Serie II, N° 95

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de José Ramón Mayo

JOSE LEON SUAREZ

HOMENAJE

A punto de aderezar esta espontánea despedida, noto con sorpresa que la pluma se crispa en penoso estremecimiento. Se decoloran los rientes matices que la exornan y un lánguido quejarse se allega a su cuerpo inerte. Enfundado aún en la triste perplejidad que ha seguido al desenlace, colijo, para mi capote, que en hora tan ingrata también ella apenas resignada con el pesar que abruma a su amo. Es mucho golpe éste para no sentirle en lo más íntimo; ingente pérdida para no llorarla en cuanto tiene de irreparable. Tanto la siento, en verdad, porque el maestro que el Señor llamó a su regazo era uno de los hombres que más quise hasta hoy. Despidiéndole aquí a mi manera, con tartamudear de muchacho, la garganta se me atasca de pertinaz congoja. Es que en la silente laxitud nocturna, cuando el espíritu reposa y olvida las pequeñeces del diurno ajetreo, los ágiles oídos aun interceptan las ondas sonoras de su voz; es que las entendederas no ha mucho rumiaban sus enseñanzas rebosantes de sano idealismo, que el cariño se robustecía hora a hora merced a los renovados aprontes de amistad, es que, en suma, el espíritu todo, retuso a estas bruseas rupturas, no atina a serenarse estoicamente cuando descubre al magro espectro de la Parca "que se viene tan callando..."

No parece hacedero que acaezca de distinta guisa. Irrumpe el día con un cielo plomizo y una tormenta al caer. Desciende de las nubes un vaho de pesadumbre como si la Natura regañase por la luminosidad del día anterior. Ayer, en horas felices cuya vecindad contrista, deslizábase gozosa la pluma en cordiales misivas al maestro: distantes estaban de maliciar dueño y eselava que el hado violento abatiría así como así, de improviso, su desgaire juvenil.

Tal suele ser corrientemente la huraña fisonomía del aca-

so. Bazuca en redor cuanto se le antoja, echando al fatídico redil, en pringosa promiscuidad, el gemebundo rebaño de seres contrapuestos, ya por las ideas, ya por los sentimientos. En parejos instantes de cruento transcurso, siente uno la infinita pequeñez del "ego sum..." Los altibajos de que está preñada la efímera existencia, a manera de sinfonía dolorosa, irisan el áspero sendero de joviales y austeras coloraciones que se suceden con alternación desconcertante. La vida, pese a las confitadas esperanzas de tanto pensador y espíritu optimista que la motejan con epítetos de oscilante regocijo, prodíganos con exceso más sinsabores que sonrisas, más punzantes espinas que delicadas corolas. Su fugaz perduración, que acaso sea un bien, no obsta para que ella, con sobrado tiempo y refinada malicia, pueda henchir hasta el tope el patético monetario de nuestros encontronazos. En puridad—decirlo es forzoso aun cuando se arriesgue un lugar común—sufrimos más, pero mucho más, de lo que gozamos. El hereje infortunio, recatado en incansable acechamiento, se cuele de rondón en nosotros de continuo o a intermitencias, según sea la estrella de buena o mala encarnadura que le alumbr a cada cual. Los sopapos se siguen unos a otros con encarnizamiento demoleedor y el espíritu juicioso, atento al incesante llover guijarros, se hace al estoicismo por imperioso mandato de las cejijuntas circunstancias. Tal ocurre con los traspíes que dan con uno en tierra. Rehecho a mojicones, se incorpora el tozudo hombre por mil razonamientos que le acucian hasta el instante postrero en que, rendido y sin fuerzas, se entrega a los designios de un ser superior. Es ese cognoscible término de la senda, que con suerte varia la humanidad recorre desde muy antiguo. Más allá, los ojos se anublan y el espíritu queda a oscuras:

¡Y no saber adónde vamos!

¡Ni de dónde venimos!

Así es la vida: estamos de paso y a prueba. Todo se marcha, todo enmohece, todo se toma de polilla; sólo el arte y las supremas especulaciones de la intelectualidad quedan vibrando en el tiempo, para solaz y aleccionamiento de las generaciones que apresta el porvenir.

De ahí que hasta el más estoico se rebele por momentos cuando el dalle de la muerte sega una vida de incuestionable valer. Otro es el cantar si se trata de uno de nosotros, modestos ciudadanos en el acervo nacional, insignificantes moléculas en el concierto cósmico. En esa coyuntura, la disyuntiva

es férrea: o hemos sido tan buenos que parientes y amigos nos lloran con transitorio desconsuelo, o fueron tan abundosos los vicios y tan mezquinas las virtudes que nos eran propios, que a nadie se le da un ardite de nuestra huída.

José León Suárez, maestro querido, ocupa eminente plaza entre los primeros. Estas mismas páginas de un discípulo, que han brotado en espontánea floración, constituyen la más cabal prueba del hondo cariño, del acendrado respeto y justiciera admiración, en que le tuvimos siempre. Deploro yo en el presente trance no tener talento bastante, para ofrecer a este maestro querido un póstumo homenaje que no disuene con sus merecimientos. Algún día próximo, cuando la pluma y el magín no sientan los espolazos del reloj tirano, le ofrendaré las aromosas flores de mi humilde vergel.
